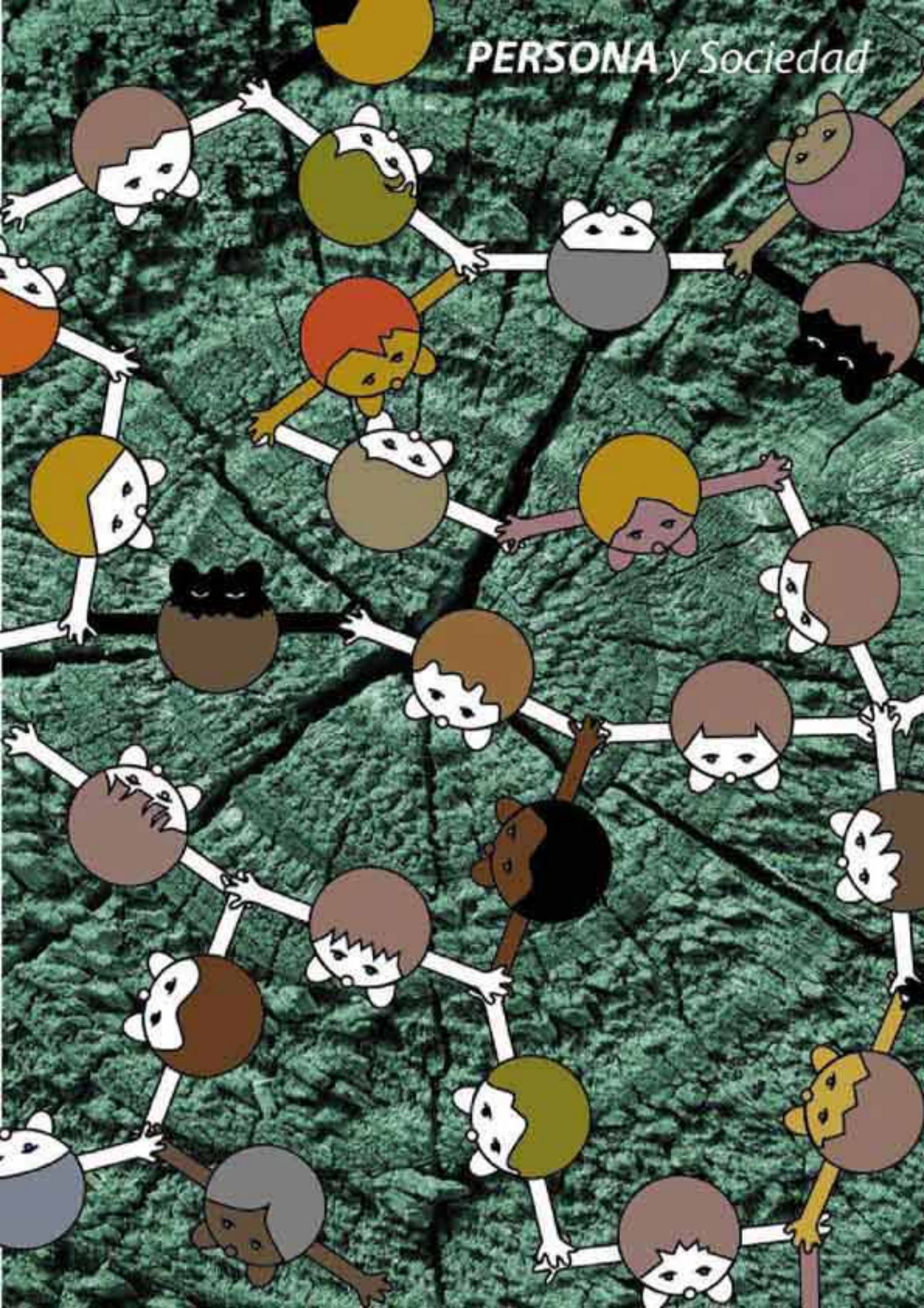


PERSONA y Sociedad





Hacia una buena sociedad, o el ser humano como patria¹

Carlos Díaz²

1. El mutualismo comunitario, socio preterido

Buena sociedad es aquella en la que las personas se tratan mutuamente como fines en sí mismas y no como meros instrumentos; como totalidades personales y no como fragmentos; como miembros de una comunidad, unidos por lazos de afecto y compromiso mutuo, y no sólo como empleados, comerciantes, consumidores o, incluso, conciudadanos. Alimenta las relaciones yo-tú, aunque reconoce el inevitable papel de las relaciones yo-cosas (yo-ello). Se requiere de cada persona una revitalización del interés por la vida pública, de manera que esa amplia mayoría de ciudadanos se presenta como algo ajeno y muy distante (en el mejor de los casos, como mera adscripción a un partido) sean recuperados. Reciprocidad: cada miembro de la comunidad debe algo a los demás y a la inversa.

El mutualismo es una forma de relación en que las gentes se ayudan unos a otros: patrullas de vigilancia vecinal, cooperativas de consumo y producción, sociedades de ahorro comunitario, gestoras de inquilinos, guarderías, suministro de cuidados de enfermos, etc., siempre que no tengan ánimo de lucro. Los grupos de apoyo mutuo (falsamente denominados de "auto-ayuda") pueden tener un papel decisivo en la lucha contra el cáncer, las enfermedades contagiosas, el alcoholismo (Alcohólicos Anónimos), la obesidad, alimentan las relaciones basadas en fines (Yo-Tú),

mientras que el mercado en medios (Yo-cosas). Las comunidades proporcionan lazos de afecto y una cultura moral compartida que se transmiten de generación en generación día a día. Se compone de muchos de esos ratos que pasamos juntos después de comer, de conversaciones en bares, en desplazamientos, en el trabajo y en los medios de comunicación, charlando sobre cuestiones con repercusiones morales, etc. Estos dos rasgos las distinguen de los grupos de interés o lobbies, que carecen de lazos de afecto y de cultura compartida.

No hay que pensar ingenuamente que las comunidades hayan de ser necesariamente lugares de amor fraterno; en realidad, pueden ser opresivas, intolerantes. A pesar de todo, quienes gozan del calor de las comunidades viven más tiempo y con menos enfermedades psicósomáticas y problemas mentales; con sus ansias de sociabilidad bien saciadas, resultan mucho menos propensos a unirse a pandillas violentas, sectas pseudo-religiosas o grupos paramilitares. El aislamiento social llega a ser peligroso para la salud mental, pues el 60% de los neoyorquinos que viven solos en apartamentos de rascacielos presentan problemas psiquiátricos leves, y el 20% graves; los ancianos que viven solos, que carecen de amigos, o que tienen malas relaciones con sus hijos, son un 60% más propensos a desarrollar demencia senil que aquellos cuyas relaciones sociales son más satisfactorias.

Ahora bien, esto no debería considerarse un intento de reemplazar al Estado; por el contrario, precisamente en la medida en que las comunidades contribuyan a reducir la carga que soporta el Estado, estarán contribuyendo a preservarlo. En la relación comunidad-Estado, éste último debe ser un posibilitador y un catalizador de aquella, en lugar de ser él mismo quien dirija y financie los programas sociales, razón por la cual su estilo de gestión habrá de ser horizontal y no jerárquico, basado en las redes de trabajo, y no directivo. Las políticas públicas y los convenios que tratan de organizar el mutualismo como si fuera un mero intercambio tienden a socavar su fundamento moral. Ejemplo de esas políticas públicas desnaturalizadas son los "bancos de tiempo", en los que las horas empleadas en el cuidado de niños, por ejemplo, son contabilizadas, de manera que las mismas puedan

1 Este artículo fue publicado en parte en Acontecimiento, N° 85, 2007/4, pp. 3-7.

2 Doctor en Filosofía y Miembro del Instituto Emmanuel Mounier España. (Ver más en nuestro link de Autores).

ser recuperadas a cambio de otros servicios. Hay una enorme posibilidad de desarrollo: no sólo las personas (jubilados, etc.), sino también las comunidades más prósperas tendrán ahora ocasión de preocuparse del destino de otras menos prósperas. En el extremo, se trataría de promover un fondo común universal de tal modo que no resultase demasiado utópico esperar que la gente estuviera dispuesta a hacer por cualquiera tanto como por su propia comunidad.

Todo tiene sus límites. Como mínimo el Estado debe hacerse cargo. Nadie puede verse privado completamente de la asistencia, ni abandonado en la calle incluso cuando se niegue a trabajar, asistir a clases de formación, o desempeñar servicios comunitarios compensatorios. Si alguien abusa del sistema, una buena sociedad considerará esto como el precio insignificante que hay que pagar para no negar a nadie su condición de ser humano. Por otro lado, también hay que limitar el poder de las comunidades si éstas oprimen a individuos o minorías: por ejemplo, cuando las comunidades de inmigrantes proponen acordar un matrimonio entre personas con una gran diferencia de edad, donde el consentimiento mutuo es muy dudoso, o cuando se acepta la mutilación sexual femenina, o el trabajo infantil, o las relaciones mafiosas intraclánicas, etc. Sobre las cuestiones que conciernen a los derechos humanos básicos, la última palabra no deberá tenerla ninguna comunidad. A veces nos están conferidos poderes, pero nos está prohibido servirnos de ellos.

2. ¿Y qué ratón le pone el cascabel a los gatos Estado y Mercado?

Afortunadamente, al menos algunas grandes empresas, pongamos por caso Bimbo, han hecho una meritoria labor negándose a participar en la corrupción generalizada de sus países, y es algo que debería resaltarse y agradecerse, por lo que tiene de casi heroico en determinados contextos: “Estamos convencidos del cáncer que representa la corrupción, por lo cual no otorgamos dádivas a cambio de lugares en las tiendas de autoservicio; tampoco sobornamos a los agentes de tránsito, ni pagamos por acelerar los trámites de permisos en agencias gubernamentales”. Esto es arriesgar mucho en esa sociedad.

Asimismo, el código ético empresarial de Bimbo (por continuar con esta empresa, probablemente la más importante de alimentación de toda Latinoamérica) recoge principios verdaderamente loables, tales como: 1. Producir bienes y servicios que satisfagan necesidades de la sociedad. 2. Profesar un absoluto respeto por todas las personas. 3. Aplicar la justicia sin excepciones, haciendo de ella una inalterable norma de vida. 4. Propiciar el desarrollo personal. 5. Reconocer y revalorizar el valor del trabajo. 6. Promover un clima de solidaridad, con énfasis en el ámbito interno, como prolongación de la relación humana que nos obliga como hijos de un mismo Creador. 7. Asegurar que en toda actuación se promueva el bien común. Por lo demás, Bimbo está en contra de cierto capitalismo salvaje, hoy desgraciadamente tan frecuente: “Si los empresarios del mundo globalizado no nos percatamos de que tenemos una responsabilidad social que va al parejo de la económica, pondremos a la humanidad en un riesgo de gran magnitud”. Perfecto: los principios están claros. Sin embargo, ¿cómo se distribuye la plusvalía en Bimbo? “Y aquí, sinceramente, la respuesta resulta insuficiente: los obreros ganan para vivir el día, pero no para ahorrar. El obrero difícilmente puede solventar sus gastos, lo que hace sumamente difícil el ahorro”.

Ahora bien, ¿el problema es que no tiene dinero porque gasta lo mucho que recibe, o porque recibe tan poco que no puede ahorrar nada o casi nada? Más bien, el simple trabajador se encuentra en la segunda parte de la alternativa: gana muy poco. Pero si la empresa prospera y el trabajador no lo hace, ¿de qué sirven los principios? Los ricos seguirán siendo ricos y los pobres seguirán siendo pobres, aunque menos pobres que otros más pobres; no es poco, pero ¿era esto lo que cabía esperar de las mejores empresas en el interior del capitalismo? ¿Realmente pueden las empresas, al menos las grandes, pagar salarios más elevados a los trabajadores, sin que por eso se resienta su capacidad inversora? Si se demuestra que sí, hay que hacerlo ya; si se demuestra que no, ninguna economía capitalista tendrá futuro. Y, en el caso de que esa pregunta se respondiese afirmativamente, es decir, en el supuesto de que los obreros pudieran convertirse en accionistas gracias a salarios mayores, ¿estarían los obreros -ya convertidos en nuevos socios- dispuestos a com-

portarse a su vez altruistamente en cuanto que accionistas, pagando a su vez más a los demás obreros todavía no accionistas? A los pobres solíamos convencerles de que reciban, pero a los ricos no de que den.

3. El capital social

El capital empresarial de un país no puede funcionar bien sin un capital social, es decir, sin una ciudadanía bien preparada y sin un Estado que -carente de corrupción- la impulse y haga crecer. No negamos que en una república bananera puedan florecer algunas empresas particulares, pero siempre lo harán en medio de la tempestad y exponiéndose una y otra vez a la zozobra, quedando amenazado su futuro a largo plazo en la vida comunitaria y asociativa, permitiendo al propio tiempo crear prosperidad. Cuando algunos clubes cívicos o grupos de una localidad ponen, por ejemplo, en acción las energías locales para construir unas instalaciones deportivas o un hospital, proporcionan al mismo tiempo a sus afiliados amistades y relaciones que constituyen una compensación inmediata. Nuestra familia extensa, nuestros compañeros de curso, las asociaciones cívicas o/y religiosas a las que pertenecemos, el chat de internet en el que participamos, la red de conocidos anotados en nuestra agenda, hasta los viajeros con que nos encontramos habitualmente, forman parte de nuestro capital civil, social o capital humano. Si el capital humano de personas que ya disfrutaban de ventajas aumenta las desigualdades entre ellas y los pobres, es que está usado inhumanamente (capital social incivil).

Las redes sociales humanas pueden ser informales (por ejemplo, las comidas en familia, los juegos espontáneos, las fiestas, la frecuentación de los bares -donde España se lleva la palma de Europa: nueve bares por cada cien personas-), o formales, conforme a unos requisitos de filiación, cuotas, etc. Entre ambas hay una gran variedad, según la cantidad de horas que se dedican, la estabilidad y responsabilidad en ellas, etc. También se dividen en densas o fuertes, según la frecuencia y la proximidad del contacto (menos vinculantes en cuanto a la menor duración de la afiliación, y a medida que los participantes se relacionan con la asociación como "clientes", con un interés a menudo pasajero y limitado por los asuntos y

temas en que se centra la asociación) y tenues o blandas o casi invisibles (por ejemplo, el gesto de saludo a la persona aumenta la probabilidad de que nos ayuden si nos sentimos mal de repente; incluso la posibilidad de conseguir un empleo aumenta si viene de alguien con quien no tenemos mucho trato, pues es probable que nuestro amigo íntimo conozca a las mismas personas que conocemos nosotros). Asimismo, pueden ser altruistas o vueltas hacia dentro. De suyo ambas no tienen por qué contraponerse: una unión de crédito laboral para construir casas con beneficios económicos puede ser simultáneamente altruista de forma indirecta si, por ejemplo, permite el florecimiento de una comunidad nueva de inmigrantes pobres. En este caso, aunque "vueltas hacia dentro", tienden puentes hacia las personas desiguales. En otros casos se ha visto cómo la violencia entre hindúes y musulmanes en la India se reduce notablemente en comunidades con asociaciones cívicas que tienden puentes entre ellos.

En el grupo pequeño prima el altruismo, el gusto de atender a los cercanos, pero la ética del mercado nos lleva a favorecer a los demás no tanto porque tendamos a hacerlo así vitalmente, sino porque nos irá mejor si cumplimos los compromisos y resultamos fiables (desde esa perspectiva suele hablarse de la "rentabilidad de la ética"). Y, aunque en ambos casos portarse bien termina siendo una actividad "rentable", de todas formas, si aplicamos al microcosmos las reglas del macrocosmos, o a la inversa, destruiremos ambos: terminaríamos tratando con criterios mercantiles a los amigos, y al mercado como a los amigos, algo que hoy por hoy parece inconducente. Las redes densas de interacción social refuerzan la reciprocidad: en este momento hago esto por ti sin esperar nada a cambio de inmediato, pues más adelante corresponderás a mi buena voluntad, o si no lo hará otro; la interacción social anima a la gente a actuar de forma confiada en ocasiones que, de no ser así, no lo haría.

3.1. Salir del Contrato para entrar en la Alianza. La economía: el interés como *inter-esse*

No, nosotros no queremos parecer nos a empresas productivas en una situación de libre mercado que han optado por reinstalar más o

menos el elemento social y espiritual en el ámbito de la economía capitalista al uso. Tampoco queremos separar el momento de la donación para fines sociales después del momento de la acumulación, pues quien acumula de mala manera no puede compartir de buena manera (sólo compartirá como es debido quien obtenga beneficios de buena forma); en suma, rechazamos hacer confluir lo sagrado con lo profano a partir de lo profanado mismo. La economía neoliberal cree que su función es la de procurar a los individuos recursos y medios para que realicen su plan de vida, y de este modo queda entendida tal economía como mero instrumento o herramienta para la satisfacción de nuestras necesidades. Sin embargo nosotros no entendemos la economía como dinero que busca más dinero, ni como mera función de la vida personal. Por ser la economía expresión de la antropología, los agentes de las empresas de economía de comunión se atenderán en su economía al mismo estilo relacional que asumen en los demás ámbitos de la vida: para ellos el *inter esse humano* será la base de todo otro interés. Un capital si es humano sólo puede ser relacional, y en consecuencia la vida económica pasa de ser un lugar de confrontación (pues con los amigos no se lucha, de los amigos no se defiende uno) a ocasión de encuentro y realización personal, una demanda creciente del significado del propio trabajo hermanado con el trabajo de los demás, capital humano colectivo, vida en común, capital relacional.

3.2. Un beneficio donde se pueda dar sin perder y tomar sin quitar

Si toda relación humana -como propia del individuo y de la especie- ha de ser ganadora (de lo contrario sería fracasante, autoderrotante, frustrante, inexitosa), la relación económica está llamada a ser de suma cero, donde todos ganan y ninguno pierde, siempre que se busquen ganancias que sean beneficios (*bene facere*: hacer bien, beneficencia, buena eficiencia, beneficios que son bienes humanadores, algo realmente beneficioso) antropológicos, no meramente crematísticos: esa relación benefaciente y benéfica constituye el primer beneficio. Desde esta economía del non profit cabe condicionar los beneficios. Los foculares con Chiara Lubich hablan de tripartición de los beneficios: un tercio para la empresa, un tercio para los pobres, y un tercio

para la formación de personas nuevas y ahorran a pesar de todo. Les impulsa la vocación natural, no sólo la sed de dinero. El gusto, el orgullo de ver cómo su empresa prospera, adquiere crédito, inspira confianza a la cartera de clientes cada vez mayores, amplía sus instalaciones y adecuenta sus sedes... constituyen un resorte de progreso tan potente como los beneficios. Ellos prodigan todas sus energías e invierten, a menudo todo su capital, en obtener ingresos mucho más modestos que los que podrían obtener con seguridad y cómodamente invirtiéndolo de otra manera.

Así pues, ¿en qué está interesada la actividad económica relacional, a qué "beneficios" aspira? En la mejora de todos, y no en el lucro de unos sobre los otros: plusvalía/minusvalía; en el bienestar de los trabajadores (y también en su malestar, en la comunión de males, cuando llegan), en la promoción de sus motivaciones humanas, cuanto más espirituales mejor -no todo es cerveza en la vida-. O sea, en una economía a la medida de la persona en comunidad, donde se pueda dar sin perder y tomar sin quitar.

Ahora bien, así como la felicidad no puede ser buscada por sí misma, sino que surge como resultado de una vida, así también la fertilidad del esfuerzo producirá beneficios no buscados y siempre bien venidos, que luego se ponen en común. Por eso su beneficio es el *bene facere*, el hacer benefaciente o bienquerente, un beneficio a la medida del hombre, y no un hombre a la medida del cálculo de resultados. Sin embargo, al empresario que tiende por naturaleza a hacer de su empresa una proyección de su ser, en la que acumular los recursos producidos (¡para luego enterarse, al final de su vida, de que el hijo con el que contaba para sacarla adelante, o no tiene capacidad o quiere ser poeta!), la cultura del dar le propone compartir en vida el producto de su ingenio en vez de acumularlo todo para depositarlo al final en una fundación, en un capital, o en una galería de arte y contentarse con la 'inmortalidad' de un busto de mármol que ni siquiera tendrá la satisfacción de ver. La economía debería ser un momento privilegiado para la amistad y el encuentro, para ejercer la vocación de ser persona, para construir ciudadanía bajo el signo de la reciprocidad. Por el contrario, "el que comete injusticia esclaviza lo mejor de sí mismo".

3.3. A mayor beneficio, mayor donatividad

Por tanto, siendo su interés relacional el beneficio humano, nada más benefaciente que la cultura del dar, donatológica, agatológica (orientada hacia el bien, que es difusivo), y sólo derivadamente ontológica (basada sólo en el ser, y en su variante del tener). Homo donans³: quien dice persona dice don, y quien dice cultura quiere decir cultura del dar, cultura que va del tener al dar, y del dar al darse, cultura que no quiere ser para tener, sino que tiene su tener para ser más. El donante no pierde lo donado cuando el receptor vive en relación con el donante: más se posee cuanto más se regala, hay más alegría en dar que en recibir. El don de todos los dones culmina en el darse: quien no da su yo lo pierde, y al final se lo arrebatarán los gusanos. Qué triste es esperar a morir para compartir: la lucha de muchos con su muerte sólo tiene por objeto evitar el inevitable don final. La relación interpersonal del regalo es el verdadero *actus essendi* humano: venimos del regalo y al regalo vamos, al regalo como don sagrado, que el creyente entiende como ministerio sacerdotal (sacerdos: dote sagrado). Es una economía de sacerdocio, ministerial, de quien hace de su magisterio un ministerio. Que la economía de comunión sea una economía del trabajar siempre para dar siempre y no solamente cuando se es joven puede parecerle heroico, arcangélico, o arduo a quien se empeña en vivir desmayadamente el *bene vixit qui bene latuit* (bien vivió el que bien se retiró), ¡retirarse: eso sí que es arduo!

No regalar es no asumir el deber (*debitum*), y por tanto no querer asumir la deuda que contraigo con la entera humanidad, a cuya especie pertenezco. Yo soy responsable de todo y de todos, en lo que yo tengo que ser responsable y deudor, nadie debe deber por mí. Esa es la verdadera deuda, de carácter antropológico. Cualquier carga o deuda económica derivará de ahí.

La economía de ideales es una economía de *creditum* (crédito como credibilidad), pues cree posible colaborar con el otro, creencia que el otro procurará no defraudar. Una cultura del “nosotros”

no es exactamente “filantrópica”, la cual está basada en el dar unilateral, de arriba abajo. Cierta

Ciertamente, también el filántropo cede gratuitamente, es decir, da a los demás; pero gestos así casi nunca generan relacionalidad en sentido estricto. La filantropía puede ser una virtud compatible con el individualismo, y muchas veces lo que se llama altruismo es altruismo sin el otro: todo para el otro, pero sin el otro, forma de despotismo ilustrado, o de don sin corazón. Este altruismo sin el otro es peligroso. Hacer grandes favores a alguien es peligrosísimo, pues éste, como considera vergonzoso no corresponder, querría quitar de en medio a su acreedor. No hay odio más funesto que el que nace de la vergüenza de haber traicionado un beneficio. No basta con dar, siquiera gratuitamente, pues ello crea dependencia en quien recibe. La economía de comunión tampoco se mueve en perspectiva ingenuamente filantrópica, sino en la crediticia basada en el dar colaborador, aunque no todos sean capaces de alcanzar las mismas cotas de productividad, pues la dignidad no se mide por el rasero único de la eficacia y el rendimiento o el resultado.

Con esto tampoco queremos hacer apología de la ineficacia, y menos aún de la insolidaridad, protegiendo a los más vagos. No hacer todo lo que se puede es no querer todo lo que se debe. Muchas veces los peores enemigos de una economía donatológica son los propios trabajadores o colaboradores; una práctica ética de la economía no alimenta vagos (no sólo ha de ser ético el dante, sino también el beneficiario). Es bien sabido que las relaciones adultas sólo pueden ser de igual a igual: si quieres ser mi amigo me lo tienes que demostrar con un comportamiento de reciprocidad, ya que sólo así tenemos la conciencia de pertenecer a un grupo y a una racionalidad-nosotros. Lo gratuito no es lo superfluo. La gratuidad del otro me obliga a él con más intensidad que ninguna ley o fuerza de coacción externa. Conjugar confianza y rendimiento constituye el reto principal de una economía de gratuidad. Una economía centrada en la persona no puede darse sin una pedagogía en la que no sólo se aprende a vender, sino a no venderse, es decir, a apreciar que mis derechos lo son porque mis compañeros, al asumir sus deberes e incluso al ir más allá de ellos, sostienen alzados y tensos

3 Cfr. Caillé, A.: *Antropologie du don. Le tiers paradigme*. Ed. Desclée de Brouwer, París, 2000.

los vientos de la misma tienda de campaña que a todos nos alberga. En una economía de ideales resulta intolerable que alguien no rinda porque no se le pague, y sí cuando se le paga; inconcebible alguien impuntual y por tanto obstaculizador de la marcha de la cadena porque no se le pague, pero puntual y solidario cuando se le paga.

No se trata de llenarse de mediocres, ni de constituirlos en batallón de los torpes, de forma que el inútil para la economía convencional “se realice” aquí en su blanda molicie. En las interacciones basadas en la confianza incondicional uno se siente impelido a devolver la confianza, es decir, a co-responder (palabra que responde es respuesta, respuesta que es co-responsabilidad). El recibir confianza incondicional de los demás nos hace mejores personas; pero si fallamos sistemáticamente a esa incondicionalidad es que no estamos bien, o que no nos inter-esa la relación, y entonces vamos de conflicto en conflicto. Sustraerse a la lógica de la reciprocidad hace retirar la confianza e interrumpe la economía de relación. El Grameen Bank ha podido conceder créditos a bajo interés a artesanos y campesinos pobres de Bangladesh manteniendo porcentajes bajísimos de no devolución, y ello en un país en que la no devolución de préstamos constituye un enorme obstáculo a la actividad bancaria regular, en beneficio de los usureros. La clave de su gran éxito es un original mecanismo de préstamos de grupo que convierte a otros miembros de la comunidad del poblado en responsables de seleccionar, motivar su devolución y controlar a los candidatos a un préstamo. Este original banco de desarrollo se ha basado en la existencia de tupidas redes relacionales en las zonas rurales.

4. ¿Puede la democracia corregir las injusticias estructurales? Peor la dictadura

No hay dictadura buena. La democracia es ese sistema político en el que, como dijera Churchill, cuando alguien llama a la puerta de la calle a las seis de la mañana, se sabe que es el lechero. Y siempre es mejor encontrarse con el lechero que con un encapuchado armado. ¿Sólo eso? La democracia es el peor régimen... excluidos los demás. La democracia, siendo el menos malo de los regímenes, dista de ser el óptimo. Gobierno tiránico es aquel donde el superior es

vil y los inferiores envilecidos. Gobierno bueno, aquel que hace felices a los gobernados, y atrae a los que viven lejos; el mejor gobierno aquel que nos enseña a autogobernarnos; el gobierno óptimo, aquel que se hace superfluo. Se puede estar más o menos críticamente en favor de la democracia, pero nunca fuera de ella.

Los dictadores siempre olvidan que gobernar es pactar, y que pactar no es ceder, sino saber rectificar. Ellos se creen hombres incorruptibles, y hasta piensan que son como los billetes de banco de un millón, que es difícil cambiarlos. Por eso no quieren enterarse de que los gobiernos son velas; los pueblos, el viento; el Estado, la nave; el tiempo, el mar; y ellos, el lastre. Ellos, los dictadores, fusilarían a quienes se atreviesen a decirles a la cara esta frase: una papeleta de voto es más fuerte que una bala de fusil. Sin embargo, nunca se entra en un corazón por la fuerza, nadie puede ser llamado señor de otro por fuerza, tirano sí; por la fuerza un rey puede hacer un noble, pero no un caballero. El tirano hace a los esclavos, y los esclavos que aceptan su esclavitud hacen a los tiranos. Ese es el círculo letal de la dictadura, aquel régimen en que la gente, en lugar de pensar, recita, y en lugar de caminar, reptar. Sin embargo, el dictador está siempre amenazado, pues a muchos ha de temer quien es temido por muchos.

4.1. La democracia se ejerce en libertad y constituye un hermoso desafío para todos

Aunque los desafíos de la democracia nos incumben a todos, no todos lo afrontarán. En primer lugar, muchos ni siquiera podrán llegar a plantearse cómo colaborar con el orden democrático, pues bastante tendrán con sobrevivir cada día. Además habrá otros que, si bien no tan pobres económicamente, se encontrarán tan desestructurados personalmente, que difícilmente lograrán emerger del fondo oscuro de su caverna: alcoholizados, deprimidos... Un tercer grupo de inhábiles democráticos lo compondrán los egoístas acérrimos, aquellos para los cuales prójimo es aquél cuyo parpadeo me molesta. Finalmente, tampoco aportarán nada a la causa democrática los pesimistas, aquellos para los cuales el hombre es un animal depravado e irrecuperable. Cada valor conculcado o lesionado

se constituye en un desafío para quienes quieren vivir como personas y ser tratadas como tales, mientras ellas tratan del mismo modo a las demás personas.

4.2. La democracia representativa numérica, necesaria pero insuficiente

En la democracia de masas todos pueden al menos votar para elegir y controlar a sus representantes gracias al sufragio universal cuya fórmula es “un hombre, un voto”. Los electores no gobiernan directamente ellos mismos, sino que eligen a unos delegados, diputados, representantes o compromisarios organizados en partidos políticos, los más votados de entre los cuales a su vez elegirán el gabinete de gobierno. Esta desviación en la elección se puede repetir cuantas veces se quiera, dando lugar a sufragio indirecto de segundo, tercero o séptimo grado, procedimiento de elección de compromisarios.

La ley del número no necesariamente es la ley de los mejores. Gobierna el más votado, aunque sólo sea por un solo voto. Sin embargo, en las democracias no consolidadas los demagogos recurren al voto del miedo (“habrá caos postelectoral si mi partido no triunfa por amplio margen”), el cual no sólo es una incitación al fraude, sino una grave vulneración de los derechos humanos. Sea como fuere, a pesar de su humildad, hay que practicar la democracia numérica. El abstencionismo es enemigo de la democracia. La democracia no es un sistema de fugas o de renunciaciones, sino de laboriosidad cívica. No al voto avestruz (cuando votas escondiendo la cabeza antes que ver los problemas), ni al videovoto (si votas por el candidato más fotogénico, por el partido que gasta más en publicidad), ni al voto borrego, ni al voto corazonada (“me late que este gallo es el bueno”), ni al no-voto (“la política y los políticos son una basura”, “este país no va a cambiar”), porque las cosas tenemos que transformarlas entre todos, no caen como lluvia de ángeles. De la democracia, ciertamente, no hay que esperar más de lo que puede dar, pero tampoco menos. Rechazar frases manidas que sólo atraviesan palos entre las ruedas del carro cuando definen a la democracia como “soberanía del innoble”, “arte de hacer oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo”, “vicios de unos cuantos puestos al alcance de la mayoría”, “derecho de cada uno a ser su propio

opresor”, “yo soy igual que tú, pero tú no eres igual que yo”, etc.

5. De la democracia representativa a la participativa moral

Democratizar internamente

Reconocer la existencia de corrientes internas, de tradiciones culturales diferentes, con el fin de que haya diálogo, interpelación, estímulo y evolución en el partido. Flexibilizar las estructuras de los partidos; reducir sus órganos; establecer una rotación de los altos cargos. Utilizar consultas internas en temas de trascendencia política. Definir los derechos del militante. Luchar contra la disciplina ciega del político respecto al partido para que pierda su carácter de funcionario de partido. Tener en cuenta a las bases (militantes) a la hora de elaborar las candidaturas a las elecciones.

Controlar la financiación

Velar por la transparencia y el control del sistema de financiación de los partidos con el fin de evitar las corruptelas. Someter la financiación privada al principio de publicidad y exigir la identificación de quienes hacen donaciones de cierta cuantía. Limitar drásticamente los gastos electorales, especialmente en momentos de crisis económica. Regular estrictamente los procesos de privatización de empresas públicas con el fin de impedir que su paso a manos privadas produzca beneficios económicos ocultos. Lo mismo respecto a las adjudicaciones y limitaciones de obras en materia de construcción.

Desincentivar la “política profesional”

Poner un límite a la renovación de los mandatos, empezando por el Presidente del Gobierno. Impulsar un sistema sólido de incompatibilidades que incluya también a los cargos de confianza. Arbitrar medidas que impidan que, una vez terminado su mandato, los parlamentarios, ministros y otros altos cargos puedan ocupar inmediatamente lugares de importancia en la vida pública, ya sea en el sector público o en el privado (banca, televisión, grandes empresas, etc.). Revisar el sistema de atribución de sueldo a los parlamentarios, pues constituye un pésimo

ejemplo para los ciudadanos que en una sociedad donde el trabajo es retribuido según las leyes del mercado, los parlamentarios sean el único estamento que se asigna a sí mismo el sueldo. Los políticos son vistos así como una clase en la que el interés corporativo puede más que la representación del pueblo:

“Mi abuelo fue peón de hacienda
mi padre fue revolucionario,
mis hijos pusieron tiendas,
mi nieto ya es funcionario”.

Dar buen ejemplo

Cuando tal ciudadano enfatiza que pagará sus impuestos después de que todo el mundo los pague, y sólo entonces: ¿acaso no está buscando una coartada para no pagar uno mismo, aferrándose al mal ejemplo que sin duda algunos darán? Y sin embargo ¿por qué cuando se trata de reivindicar nuestros derechos corremos a protestar sin esperar a que lo hagan los otros: por qué ese otro señor se queja indignado ante cualquier fallo de los parlamentarios pero practica la filosofía del “me engañarán en el sueldo, pero en el trabajo los engaño yo a ellos”? y ¿qué pasa cuando este otro grita contra la malversación de fondos públicos, pero despilfarra en su casa agua, luz, etc., aunque la sequía resulte alarmante? ¡Qué “tolerantes” con nosotros mismos, y qué intolerantes con los demás! Cuando se alega que ellos, los políticos, “están obligados a dar ejemplo”, ¿cómo podríamos nosotros recriminar su mala conducta, si en lo que tenemos a nuestro modesto alcance somos tan poco ejemplares como ellos? ¡La política no se rige por la ley del embudo, lo ancho para mí y lo estrecho para ellos! Dar, pues, buen ejemplo significa vivir la experiencia del postulado libertario. “¡A cada cual según sus necesidades! ¡De cada cual según sus capacidades!” Y, por supuesto, significa:

Invitar a la belleza: deja limpio lo que encuentres sucio, y no a la inversa

Como docente siempre me encuentro sucia la pizarra de clase, pero me gusta dejarla limpia. Como ciudadano veo cáscaras de plátano en el suelo que procuro recoger y echar en la próxima papelera, no siempre tan cercana. No

se trata de convertirse uno mismo en un recogedor de basuras, porque sería imposible. Pero la vida no es una excursión en la que tus residuos molesten al siguiente: no dejes otra huella que no sea la de tu limpieza vital. El corazón dolorido me lleva a cargar con el que sólo puede ensuciar, y lavar sus pies.

Invitar al civismo: evita el peligro a los demás como si del tuyo propio se tratase

A veces hay cables de luz peligrosos, cloacas sin tapadera, señalizaciones equívocas, etc., y esos peligros siguen ahí por un tiempo, incluso causando víctimas. Mala señal no llevar ninguno de esos teléfonos de urgencia en la agenda para usarlos cuando corresponda. Estoy persuadido de que quien evita el peligro a los demás como si del suyo propio se tratase tiene andado un buen trecho por el camino de la revolución cotidiana. Quien es capaz de lo pequeño es capaz de lo grande.

Invitar a la generosidad: da tu sangre, si puedes, condona la deuda, renuncia al interés monetario; cultiva tus talentos, sean muchos o pocos, si no quieres robar

Quien no cultiva sus talentos es un ladrón, roba: no da lo que podría dar. También robo cuando utilizo el teléfono del trabajo para uso privado, cuando doy las clases mal, cuando veo demasiada televisión perdiendo el tiempo, cuando me levanto tarde, cuando me escudo en el anonimato, cuando soy menos diligente en lo común que en lo mío particular. El perezoso roba, pero roba además quien se desinteresa del prójimo abandonándole.

Invitar a la verdad y al diálogo

La mentira consiste en decir que lo que no es es, y que lo que es no es; elevar el no-principio a principio para no empezar por el principio. El primer efecto de la mentira es la fractura, el segundo la ampliación de la mentira en forma de injusticia. Por culpa de la mentira nos convertimos además en esclavos de la mentira misma, pues quien miente una vez se ve obligado a mentir dos veces para intentar camuflar la mentira primera, y así sucesivamente.

Al final vivimos en la irrealidad, huyendo también de nosotros mismos, no queriendo saber cuál es nuestra realidad. La mentira de todos no es menos mentira. La verdad nos hará libres.

Mas ¿cómo dialogar cuando la disimetría es enorme entre los dialogantes, acaso no tendrá don León que cortar sus garras y dientes para hablar con don Conejo? No se puede estar dialogando toda la vida en torno a lo mismo, cuando se trata de discrepancias radicales. Hasta un hombre tan paciente como Buda nos recomienda la acción cuando el diálogo ya no da más de sí. Fijar fechas límite con cláusulas de penalización por retraso en la entrega de soluciones niveladoras. ¿Por qué han de pagar puntualmente los más pobres los intereses de la deuda no satisfecha a los ricos, mientras los ricos nunca llegan a tiempo de hacerse cargo de las miserias milenarias de los empobrecidos? ¿Y qué pasa cuando la democracia lleva al poder a quienes no son demócratas? Si no se ilegaliza a los antidemócratas, se corre el riesgo de que éstos acaben con la democracia misma, pero si se les ilegaliza ¿no se vive ya fuera de la democracia pura? ¿Debe considerarse democrática la elección de quienes perseguirán a las minorías, impedirán los derechos de numerosos ciudadanos, o impondrán una forma inapelable de creencias y conducta, llegados al poder legalmente? Las decisiones democráticas son mayoritarias, pero no toda decisión mayoritaria es democrática. La democracia permite al hombre libre surgir, pero es el hombre libre quien permite a la democracia durar.

Controlar antes, durante y después

La democracia adulta (niños y locos no votan) exige la “desconfianza”. Los ciudadanos propician un voto limpio y después un permanente control institucional activo, recordemos que “democracia” significa “poder popular”, de ahí la necesidad de organizaciones intermedias. El voto no es una fulguración inmediata en medio de una tormenta, sino la condensación de toda una vida personal-comunitaria. Custodia del voto.

Llenar de libertad la igualdad democrática, y de igualdad la libertad democrática.

Tolerando

En lugar de argumentar a remolque de los sondeos de opinión, servir la verdad: ¡qué gratificante aquel debate donde un candidato felicita al otro por su superioridad en todo o en parte, porque su opinión más valiosa beneficia en mayor medida al bien común! En la democracia moral no hay victorias ni derrotas, si quien gana es la comunidad, es decir, la verdadera paz, que es la victoria política en la vida de los pueblos. No es tolerancia el “todo vale”, porque quien afirma eso hace imposible el bien; no es tolerancia la indiferencia absoluta que permite lo impermisible y por ende se traduce en tolerancia represiva del bien. La tolerancia sólo cabe cuando se respetan las diferencias, siempre que éstas no sean tales que anulen la otra diferencia alegando el derecho al ejercicio de la propia diferencia. La tolerancia es una forma de magnanimidad, por la cual yo, que soy más fuerte que tú, no sólo no te golpeo cuando me pisas, sino que además soporto pacientemente la agresión y la aprovechamiento para educarte y comprometerme contigo. Si alguien no quiere esta conversión del corazón numérico en corazón moral, constituye un peligro para la democracia, porque lo que se hace sin cambiar la mentalidad y el sentido de una experiencia, es decir, lo que se hace sin mirar generosamente a los demás, termina siendo políticamente peligroso, aunque a primera vista parezca técnicamente correcto. Por eso la democracia es tanto mejor cuanto más cerca de los últimos están los primeros que gobiernan.

Actuando con justicia y pudor

Sólo a nivel posconvencional cabe hablar del justo. Ser justo significa reconocer al otro en cuanto otro, es decir, estar dispuesto a respetar cuando no se puede amar. Encuéntrese o no el otro en situación de necesidad o de indigencia, siempre que de su derecho se trate estoy obligado a darle satisfacción. Ser justo es tener una deuda y pagarla. No es justo quien acepta cualquier legalidad, ya que ella puede ser ilegítima si contraviene el orden de lo humano. Ahora bien, para poder decir no a la justicia ilegítima el justo debe estar por encima de ella. Sólo los justos pueden construir justicia. La justicia pide hacer “lo justo” tal y como lo hace el justo, a saber, con prontitud y agrado. Ponte, pues, desde el primer momento en los zapatos del otro. En realidad

hay dos clases de personas: los justos que se creen pecadores, y los pecadores que se creen justos. Con frecuencia imaginamos estar en una de las dos categorías y estamos en la otra. En nosotros todo lo excusamos, y en lo demás apenas nada; queremos vender caro y comprar barato. ¡Qué diferente es el corazón del justo! Su corazón ya no es suyo, pues él se coloca en el lugar de toda la humanidad.

Vendo una casa tras haber vivido en ella durante años. ¿Debo decirle que el vecino se embriaga y provoca desórdenes después de la media noche? ¿Que las paredes de la casa son húmedas en invierno? ¿Que las termitas han corroído la madera? ¿Y si no lo hacemos? Entonces, conténtate con ser rico y no intentes además ser justo. Votar por un partido cuya firme intención es aumentar los impuestos puede constituir un acto generoso cuando uno forma parte de la clase desahogada. Humor del justo: “-¡Escucha, han entrado ladrones en casa! -De veras, pues qué suerte para nosotros, si encuentran algo...”.

Todo lo cual se reduce a esto: no más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes. Todo derecho que no lleva consigo un deber no merecer ser defendido, dijo Gandhi. Los derechos, como los aviones, sólo se mantienen en vuelo mientras el motor del propio avión continúa funcionando.

Esperar construyendo posconvencionalidad

Si considero al dinero como superior a la honestidad, no universalizo. Si tomo a la publicidad como un fin en sí mismo a costa de la veracidad del producto, no universalizo. Si me lucro con los productos de mi fábrica, aunque deteriore la naturaleza, no universalizo. Si una empresa da trabajo pero contamina, no universaliza. En todos esos casos un valor destruye al otro y atenta contra otras personas, por lo que en tales condiciones no puedo aceptarlos como tales valores. Sólo cuando mis valores no lesionan los de las demás personas pueden aceptarse de entrada. Principio de universalización: si no valen para todos, no valen para ninguno. Si valen para el 99% pero no para el 100% no es todavía un principio de universalidad, es un principio de generalidad. Si existe algún imperativo categórico es éste: no dejes que los demás hagan por ti lo que pudiste tú hacer por ellos.

Por lo demás únicamente desde algún grupo con el que estemos compartiendo resultará posible aguantar el mal del mundo, elaborar su duelo, llorarle y ser consolados, para volver a la arena para que donde hubo mal se pueda hacer el bien. Nosotros solos no podemos. Constituye labor de la pedagogía de los grupos ir ejercitando el ritmo personalmente adecuado en orden a ese objetivo, pues no todos somos iguales, ni podemos lo mismo, ni sabemos lo mismo, ni tenemos el mismo grado de madurez. Por eso, en el fondo, lleva razón el rabino: “-¿Quién es? -Yo, soy yo, Ajarón, ¿es que no reconoces mi voz? -No, no la he olvidado. Pero sólo Dios puede decir yo”.

La verdad posconvencional, en fin, exige que asumamos el riesgo, así que nada mejor que concluir con aquella incitación de Unamuno en su Vida de Don Quijote y Sancho (“El sepulcro de Don Quijote”): “¿Qué vamos a hacer mientras caminamos? ¿Qué? ¡Luchar!, ¡Luchar! Y ¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente? Gritadle a la cara: ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías? Gritadle a la cara: ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con otro que roba? Gritadle: ¡ladrón!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien una muchedumbre oye con la boca abierta? Gritadles: ¡estúpidos!, y ¡seguid adelante siempre!”